



## EL PALACIO

Pedro Navascués Palacio

III

### LAS SEDES DEL CONGRESO ANTERIORES A 1850

• INTRODUCCIÓN	164
• DE CÁDIZ A MADRID	165
• EN BUSCA DE UN EDIFICIO	168
• ANTONIO PRAT, INSPECTOR DEL CONGRESO NACIONAL	169
• ISIDRO VELÁZQUEZ Y EL COLEGIO DE DOÑA MARÍA DE ARAGÓN	170
• DIFICULTADES TÉCNICAS	172
• EL ESTAMENTO DE PROCURADORES	173
• PÉREZ CUERVO Y LA IGLESIA DEL ESPÍRITU SANTO	174

### NARCISO PASCUAL Y COLOMER Y EL CONCURSO DEL PALACIO DEL CONGRESO

• LA IDEA DEL CONCURSO	177
• EL PRIMER PROYECTO DE NARCISO PASCUAL Y COLOMER	179
• EL PROYECTO DEFINITIVO	183
• EL ARQUITECTO NARCISO PASCUAL Y COLOMER	185

### LA OBRA, LOS HOMBRES Y EL TIEMPO

• LA COMISIÓN DE OBRAS DEL CONGRESO	190
• ASPECTOS ECONÓMICOS, ADMINISTRATIVOS Y FACULTATIVOS	198
• PLANOS Y MODELOS	205
• ARQUITECTURA, ESCULTURA Y PINTURA	210
• REFORMAS Y AMPLIACIONES	222

### NOTAS

227



“... y así, el 16 de junio de 1842, se hacía público el programa que los concursantes debían desarrollar en sus proyectos. En el preámbulo del programa se indica que el solar sobre el que se levantaría el nuevo edificio sería, por acuerdo de las Cortes, el mismo que el del convento del Espíritu Santo, abriéndose este concurso público para estimular el genio y laboriosidad de los arquitectos españoles a fin de que pudiesen presentar el pensamiento de un Palacio del Congreso digno de la representación nacional, si bien de sencillo y de severo carácter, cuyo coste sea compatible con las públicas necesidades”.

## LAS SEDES DEL CONGRESO ANTERIORES A 1850

### INTRODUCCIÓN

Con anterioridad al edificio que hoy todos conocemos enclavado en la Carrera de San Jerónimo de Madrid, el Congreso de los Diputados conoció otras sedes, nunca propias y siempre resultado de reformas de acondicionamiento que, sin embargo, interesa conocer no por mera curiosidad sino porque muchos elementos del escenario parlamentario se probaron previamente en otros lugares. En efecto, las funciones a cumplir por este nuevo edificio representaban, igualmente, una novedad que no tenía antecedentes en la arquitectura española, pues las centenarias convocatorias de las Cortes de Castilla, Navarra o de la Corona de Aragón, en nada se asemejaban a las que se inician con las extraordinarias constituyentes de 1810. Aquéllas se celebraron en diferentes palacios y monasterios, siguiendo al rey, y no dibujan un modelo específico de espacio arquitectónico que pudiera ser provechoso, ahora, como premisa para el edificio de las Cortes.

Ciertamente, no se puede dejar de considerar como antecedentes lejanos los palacios de la Diputación o de la Generalidad de los reinos de la Corona de Aragón que, sin duda, son los más antiguos testimonios arquitectónicos de lo que se podría llamar sede fija o habitual de las Cortes. Así sucede con el edificio de la Generalitat de Valencia (1482-1510), esto es, de la Diputación u organismo permanente de las Cortes de Valencia que desempeñaba funciones fiscales y políticas, o con el viejo núcleo medieval del palacio de la Generalitat de Barcelona descrito así por Münzer, en 1494: *La ciudad, pues, vive ahora en un régimen de máxima libertad. Observan este orden: eligen de todo el condado, cada tres años, a tres varones: uno por el clero, otro de la nobleza y el tercero de la comunidad. Todos los días se reúnen estos tres en una magnífica casa llamada Diputación -que es casa diputada para esto-. Allí reciben los tres tributos que antiguamente eran de los reyes, y los destinan a donde convienen.*

Otras instituciones políticas bien estructuradas e históricamente sólidas como los cabildos municipales, tam-

poco ofrecían pautas útiles por no obedecer a un modelo definido más allá del carácter monumental y representativo del edificio del ayuntamiento o de su situación urbana en la Plaza Mayor, a la que se abría el balcón municipal. Es cierto que los concejos, que durante siglos celebraron sus juntas en iglesias parroquiales hasta que se fue imponiendo el tener una casa de ayuntamiento propia, contaron con lo que hoy llamaríamos un *salón de sesiones*, y de ello es un temprano y buen ejemplo el Salón de Ciento o Sala del Consejo de Ciento (s. XIV), por los Cien Jurados que formaban el Ayuntamiento o Casa de la Ciudad de Barcelona. Se trata, en efecto, de una gran sala que, al margen de su hermosura, es simplemente capaz, sin que haya llegado a nosotros la distribución y jerarquía del uso de su espacio, por lo que ninguno de estos salones resultaba conveniente, por su forma ni disposición, para lo que ahora exigía un moderno y constitucional *Palacio del Congreso de los Diputados de la nación española*, como enfáticamente se plantea desde su inicio.

En otras palabras, si bien resultaba relativamente fácil definir estilísticamente la imagen arquitectónica del edificio, éste, como máquina, tardó un tiempo en saber cómo debía funcionar. Lo que con seguridad pusieron en pie juristas y políticos, esto es, el régimen constitucional, aún tardaron mucho los arquitectos en traducirlo arquitectónicamente. De tal manera es así que después de rodar las Cortes durante treinta años por edificios varios, de carácter religioso y civil, una vez resuelto el concurso para el nuevo edificio del Congreso en el arquitecto Narciso Pascual y Colomer, después de haberse definido el carácter severo y clasicista de su exterior e iniciadas las obras, todavía se esperaba recibir noticias e información de otros parlamentos europeos para aprovechar de ellos sus ventajas y más larga experiencia, siendo Francia, Inglaterra y Estados Unidos los países que, desde el siglo XVIII, podían ofrecer modelos posibles<sup>1</sup>. Así, en el acta de la reunión de la Comisión de Obras del Congreso, el 1 de abril de 1844, se recoge lo siguiente: *Habiéndose hablado sobre la forma interior del Congreso, se acordó que se pidieran por la comisión al Ministro plenipotenciario de España en Londres, los dibujos, planos, presupuestos y demás que se hubiesen publicado o que sea posible adquirir de todo lo relativo a la*



*construcción de la Cámara de los Comunes.* A esta petición respondía el embajador español en Londres, el 15 de junio de 1844, que no era posible enviar planos ni datos del nuevo Palacio del Parlamento inglés, comenzado en 1835 tras el incendio del antiguo Palacio de Westminster, pues nada se había publicado al respecto ni habría oportunidad de hacerlo en tanto no finalizaran las obras. Es más, en la respuesta que recibió nuestro embajador, Miguel Tacón, del arquitecto del Parlamento inglés, Charles Barry, se dice textualmente que los planos no podían tener exactitud porque *constantemente se están haciendo cambios y modificaciones*, lo cual resulta alentador al abordar el proceso constructivo de nuestro Congreso que conoció igualmente múltiples alteraciones sobre lo inicialmente proyectado.

Todavía, en 1845, seguían preocupando los posibles modelos de otros edificios análogos, de tal modo que con motivo de un viaje por Europa de Pedro Miranda, activo vocal de la Comisión de Obras del Congreso, éste escribía el 11 de marzo de 1845, desde París, diciendo que había *estudiado con detenimiento en los edificios destinados a las cámaras, aquí, en Bélgica y en Holanda cuanto pudiera convenir tener presente en la ejecución del que nos está encomendado; y si me es posible, como supongo, pasar por algunos días a Inglaterra procuraré emplearlos útilmente en completar este estudio observando con cuidado lo que allí existe con igual objeto. A mi regreso a esa corte... tendré el gusto de manifestar a V. SS. verbalmente el resultado de mis indagaciones... Aprovechando la autorización con que V. SS. se sirven en honrarme procuraré adquirir, sin grandes gastos, los modelos y dibujos que en mi concepto sea conveniente tener a la vista para obtener toda la perfección posible en la obra*<sup>2</sup>.

Cuatro años más tarde, el 28 de julio de 1849, estando ya muy ultimadas las obras y haciéndose frente a los problemas de ornato, mobiliario e iluminación, el presidente del Congreso se dirigió a su homólogo inglés solicitándole información sobre el nuevo procedimiento de iluminar el salón de sesiones, pues *me han manifestado varios señores que han visitado esa capital -Londres- que la Cámara Inglesa se alumbra artificialmente por medio de un aparato colocado en su*

*techumbre que evita los inconvenientes que naturalmente producen el gas, la cera, etc...* Es decir, con frecuencia, aparecen noticias que inscriben la construcción de nuestro Congreso en un ámbito europeo igualmente preocupado por dotar a estos edificios del funcionalismo necesario, desde la distribución de su interior hasta los problemas básicos de luz y acústica, problemas todos ellos que ya se habían puesto de manifiesto en las sedes que nuestros representantes ocuparon con anterioridad a 1850.

### DE CÁDIZ A MADRID

El primer edificio español que en el siglo XIX dio acogida a la convocatoria de Cortes Generales y extraordinarias, cuyo acto inaugural se fijó para el 24 de septiembre de 1810, fue la casa-teatro de la Real Villa de la Isla de León, a la que por sus servicios en relación con este episodio se le daría luego el título de Ciudad de San Fernando. Se trataba de un modesto teatro, que se había terminado pocos años antes, en 1804, y que con motivo de haber servido de salón de sesiones para aquellas Cortes en las que se reconoció residir la soberanía nacional, abandonó su vulgar nombre de Teatro Cómico para llamarse desde entonces Teatro de San Fernando y, luego, Teatro de las Cortes<sup>3</sup>. Naturalmente hicieron falta obras de acondicionamiento que se acometieron con gran celeridad por el ingeniero de Marina Antonio Prat, de quien más adelante volveremos a hablar.

La planta aprovechaba la forma original de la sala del teatro, colocando en uno de los extremos del eje mayor un estrado con un retrato del monarca y un sillón a modo de trono. Bajo las tres alturas de los palcos, donde se acomodaron el cuerpo diplomático, grandes de España, militares y civiles, se instalaron los bancos para los diputados, frente a frente, formando dos bandas que tenían delante sendas tribunas para los oradores, además de la destinada a los no diputados que hablaban desde la *barra* o barandilla que separaba la zona del salón reservada a los diputados. En el centro de la sala, una sencilla mesa para la presidencia y secretarios. Otras dependencias del teatro así como locales anejos al mismo, albergarían funciones varias como oficinas y cuerpos



Escudo de la ciudad de San Fernando,  
antigua Isla de León,  
donde se celebraron las primeras Cortes. 1813. A.C.D.

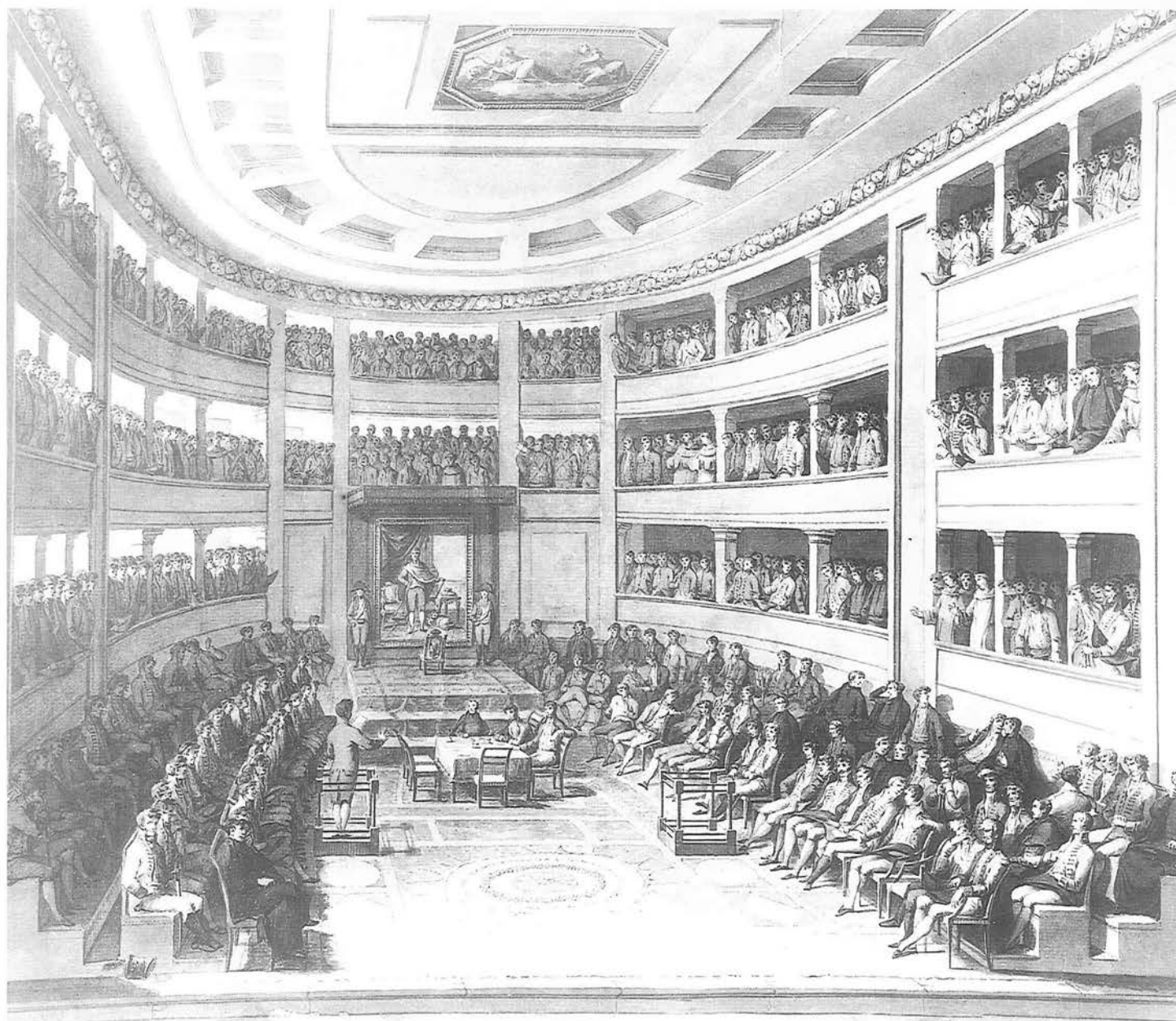
de guardia. Benito Pérez Galdós, en los *Episodios Nacionales*, describe a través de Gabriel, uno de los protagonistas de Cádiz, el aspecto de aquel lugar, cuando dice: *Estábamos en el palco de un teatro: a nuestro lado, en localidades iguales, veíamos multitud de señoras y caballeros, embajadores y otros personajes. Abajo, en lo que llamamos patio, los diputados ocupaban sus asientos en dos alas de bancos; en el escenario había un trono ocupado por un obispo y cuatro señores más, y delante los secretarios del despacho...*<sup>4</sup>

Con todo, la descripción exacta y contemporánea de aquel salón, la recoge Adolfo de Castro, tomada de

"El Observador": El área o patio de Teatro Cómico de la isla de León convertido en salón de las Cortes, conserva la figura elíptica, siendo 26 varas su mayor diámetro y 14 el menor. Éntrase por un extremo de aquel y a distancia de seis varas de la puerta se eleva el piso y parece una barandilla corrida en todo el frente desde la cual propiamente empieza el salón. La barandilla forma un diente que a manera de tribuna se introduce dos y media varas y puede servir para las personas o cuerpos que hayan de hablar en el Congreso y ser interrogados por él, y este sitio es lo que se llama la barra. Al fondo del salón y donde el antiguo foro está el solio real con el retrato de Fernando, de estatura natural, y alrededor los asientos de los Diputados en tres filas. Forman la primera pequeños sofás, que descansan sobre el suelo, sin elevarse y con bastante distancia de uno a otro para entrar en la segunda fila que es un sofá corrido, el cual está levantado por un escalón. A su espalda, la tercera línea de asientos de la misma especie se apoya en las paredes del salón sobre dos escalones, y en todos pueden colocarse con comodidad cerca de trescientas personas, no siendo difícil hallarla para muchas más.

En el centro, a ambos lados, están dos tribunas que se dicen de las arengas, con la capacidad de una vara en cuadro sobre dos escalones; y poco más arriba, en medio del salón, la mesa de los Secretarios, de tres varas de largo y la mitad de ancho, a cuya cabeza está la silla del Presidente, mirando hacia la puerta. Los asientos, barra y tribunas son de cedro, y aquellos con cojines y espaldares de damasco carmesí. Las paredes forman unos panderones que desde el zócalo suben al coronamiento del techo, y entre ellos están simétricamente las galerías para el público; las paredes blancas y el techo lo mismo, sin otro adorno que una hilera de arañas en torno de una medalla alegórica de cuatro varas de diámetro. Representa en bajo relieve, con claro y oscuro, la fuerza de la Nación, por un león que sostiene los dos mundos, la Justicia desenvainando la espada y en ademán de vengar los ultrajes y la Sabiduría presidiendo, como necesaria a la administración de la justicia y a la dirección de la fortaleza<sup>5</sup>.

En el teatro de la Isla se celebraron estas primeras sesiones hasta el 20 de febrero de 1811 en que, por distintos motivos, las Cortes se trasladaron a Cádiz para continuar sus



Interior del Teatro de las Cortes, antiguo Teatro Cómico o Teatro de San Fernando en la Isla de León, sede de la primera reunión de las Cortes el 24 de septiembre de 1810. Obras de acondicionamiento por Antonio Prat.

tareas en el oratorio de San Felipe Neri, donde se reanudarían cuatro días más tarde. Este hermoso templo gaditano, construido entre 1688 y 1719<sup>6</sup>, apenas si necesitaba de un especial acondicionamiento pues su planta, originalmente elíptica, favorecía de un modo natural la disposición de asientos para los diputados, a la vez que el altar del presbite-

rio cedía su lugar para el trono. Por lo demás, la mesa presidencial y tribunas de oradores se dispusieron de un modo análogo al del teatro de la Isla, dejando para el público la galería corrida sobre el entablamento. Este fue el marco general en el que se desarrolló el resto de las sesiones de las Cortes extraordinarias que dieron como fruto granado la





Interior del Oratorio de San Felipe Neri, Cádiz,  
sede de las Cortes que elaboraron la Constitución de 1812.

Constitución de 1812 y cuyas reuniones finalizaron el 14 de septiembre de 1813<sup>7</sup>. El oratorio de San Felipe Neri aún conserva emocionantes recuerdos de los doceañistas, desde los que yacen enterrados en su cripta hasta las inscripciones que figuran en la fachada de la iglesia, recordando los nombres de los padres de la primera Constitución española.

Al mes siguiente se iniciaron las sesiones ordinarias, pero las condiciones sanitarias de Cádiz, amenazada por nuevos brotes de fiebre amarilla, hicieron que las Cortes se trasladasen de nuevo a la Isla de León, donde se contactó otra vez con José Delgado, el dueño del Teatro Cómico, para que lo cediera para salón de sesiones. No obstante, encontrándose en la Isla el arquitecto Isidro Velázquez, que era Teniente de

Arquitecto Mayor de los Reales Palacios y Casas de Campo, como ayudante que fue de don Juan de Villanueva<sup>8</sup>, debió de aconsejar que resultaba más apropiada la iglesia del convento de los Carmelitas Descalzos que el Teatro Cómico, por lo que fue allí donde se continuaron las sesiones. No obstante, éstas serían cortas en número pues las circunstancias bélicas y políticas permitían acariciar la idea de trasladarse definitivamente a Madrid en diciembre de 1813 y reanudar la actividad de las Cortes, en enero de 1814, en la capital de la Monarquía<sup>9</sup>.

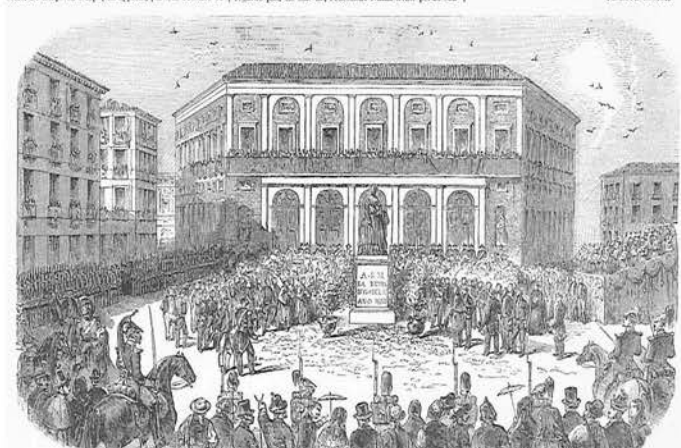
### EN BUSCA DE UN EDIFICIO

Una vez en Madrid, se habilitó como salón provisional para las Cortes el Banco de San Carlos<sup>10</sup> pero, sin llegar a utilizarlo, acabaron instalándose, también brevemente, en el ruinoso teatro de los Caños del Peral, donde luego se levantaría el Teatro Real, que si bien estaba próximo a Palacio mediaba, no obstante, entre ambos, un inmenso solar de escombros tras el derribo de las casas que José Bonaparte mandó demoler para formar allí la que se llamaría Plaza de Oriente. Haciendo un paréntesis en este punto y recordando el breve reinado de José Bonaparte, se debe mencionar que el proyecto de quien con justicia recibió el sobrenombre de *rey plazuelas*, formaba parte de otro más ambicioso para el entorno del Palacio Real en el que figuraba la conversión de la iglesia de San Francisco el Grande en salón de sesiones para las Cortes, pues su planta circular permitía organizar bien la disposición de los escaños, además de las consiguientes ventajas acústicas y visuales. Dicho proyecto, dibujado por el arquitecto Silvestre Pérez durante la ocupación francesa, en 1810, y conservado hoy en la Biblioteca Nacional de Madrid, vuelve a poner de manifiesto el constante aprovechamiento de determinados edificios religiosos, cuyas iglesias tenían una especial disposición favorable a la organización del hemiciclo parlamentario.

En el Teatro de los Caños apenas se reunieron un mes las Cortes, pues agotada la primera legislatura el 19 de febrero de 1814, se abrió la segunda pensando en el inmediato traslado a una sede distinta y de mayor prestancia. Así,



et est encore l'édifice en l'honneur, après vingt ans et plus  
l'œuvre. Le jeu de l'ère, le jeu de l'ère, c'est la même  
œuvre. De temps en temps, on apprend par leur absence ou  
œuvre, qui n'est pas un jeu, et c'est la même œuvre.  
œuvre, c'est la même œuvre, qui n'est pas un jeu, et c'est la même œuvre.  
œuvre, c'est la même œuvre, qui n'est pas un jeu, et c'est la même œuvre.



Teatro Real en cuyo solar estuvo el Teatro de los Caños del Peral donde se instalaron las Cortes al llegar a Madrid en 1814.

el 2 de Mayo de aquel año, día emblemático y cargado todavía de patrióticas y recientes emociones, se reunían de nuevo las Cortes en el convento de Doña María de Aragón, cuya iglesia de planta circoagonal se acondicionó muy elementalmente como salón de sesiones. Se trataba de una hermosa iglesia de finales del siglo XVI, perteneciente a la orden de Agustinos Calzados, con una interesante planta manierista que hoy subsiste en el actual salón de sesiones del Senado, cuya elección se hizo en razón a *su mayor capacidad, comodidad, decoro y economía que ofrecía este edificio unido al que fue palacio de Godoy*, en comparación con el destartado Teatro de los Caños.

Sin embargo, poco durarían las alegrías constitucionales y, como recoge Fernández de los Ríos, *el 11 de mayo del mismo año, con motivo del regreso de Fernando y el golpe de Estado que dio en Valencia, fue la sala destrozada por el populacho, arrastradas las estatuas, emblemas y alegorías, y rota la lápida en la que se leía el precepto constitucional: La potestad de hacer las leyes reside en las Cortes con el rey. Vueltos la iglesia al culto y los frailes al convento, tuvieron que abandonarle nuevamente en 1820, en que sirvió otra vez de palacio de las Cortes, volviendo en 1824 a poder de los frailes, hasta la extinción de las comunidades en 1836<sup>11</sup>.*

Efectivamente, habría que esperar a 1820 para que, restablecida la Constitución, se pensara de nuevo en un edificio para las Cortes. Con buen criterio el Gobierno y la Junta Provisional volvieron los ojos al convento de Doña María de Aragón que, con la inmediata casa del Secretario de Estado, antiguo y bello palacio ocupado por Godoy y que acabaría siendo sede del Ministerio de Marina, llamada también por ello casa del Almirantazgo, posibilitaba tanto un salón de sesiones como otros espacios para despachos, oficinas y cuerpos de guardia.

### ANTONIO PRAT, INSPECTOR DEL CONGRESO NACIONAL

Como puede suponerse por lo dicho hasta aquí, la tarea del traslado de las Cortes y el acondicionamiento de iglesias y teatros para sus sesiones no era precisamente sencilla, habiendo sido factible gracias al talento del mencionado Antonio Prat, Teniente Coronel de Ingenieros de Marina, quien sin apenas medios y en plazos prácticamente casi imposibles, supo resolver todo tipo de cuestiones. Su nombre es hoy prácticamente desconocido cuando, en realidad, le cupo el mérito de dar forma física a este empeño constitucional y parlamentario, resultando muy extraño el silencio de todos cuantos han escrito ayer y hoy sobre estas cuestiones. Ni siquiera la puntual y excelente *Memoria histórico-descriptiva del nuevo Palacio del Congreso* (1856), que había proporcionado hasta la fecha la mayor parte de las noticias de estos años preliminares, menciona a don Antonio Prat<sup>12</sup>.

Muy al contrario, las Cortes de Cádiz reconocieron pronto la tarea desempeñada por Prat, de tal manera que le nombraron, el 2 de abril de 1811, inspector del Congreso Nacional<sup>13</sup>, ratificándole en Madrid tres años más tarde: *“Convencidas las Cortes generales y extraordinarias del sobresaliente mérito que había contraído en su servicio el Teniente Coronel de Ingenieros Don Antonio Prat, pues no solamente habilitó en doce días el Salón en que se instalaron, en la ciudad de San Fernando, sino que también dispuso brevemente con todas las comodidades posibles la Casa de Cádiz [San Felipe de Neri], a que se trasladaron por el mes de febrero del año 1811,*

*le confirieron en abril siguiente el título de Inspector de la Casa de Cortes, con las facultades que en él constan y que se sirvieron ampliarle en 28 de mayo del mismo año, disponiendo expresamente que la dirección de las obras y vigilancia sobre el aseo y policía de la Casa de Cortes fuese de la incumbencia del Inspector. Posteriormente se le comisionó por las Cortes para que viniese a esta Capital y en ella es notorio lo que ha trabajado para habilitar tres casas, una que después de concluida no pareció a propósito –Banco de San Carlos–, otra que actualmente está sirviendo –Teatro de los Caños–, y la última que no tardará en estrenarse –Convento de Doña María de Aragón–, con el mérito y primor de que son testigos cuantos la han visto, recomendándose más la obra, por la cortedad del periodo y el rigor de la estación en que se ha ejecutado<sup>14</sup>.*

Su misión como tal Inspector no se ceñía sólo a la dirección de las obras o reparos que convenga hacer para la seguridad, conservación y hermosura del edificio de las Cortes, sino también el cuidado general de su policía, decoro, buen orden y mejor servicio. En efecto, un breve reglamento redactado el 4 de abril de 1814 para el caso, le daba autoridad y responsabilidad absoluta sobre el edificio, dependiendo de él no sólo los aspectos edilicios sino también la seguridad, por lo que de algún modo la Guardia de las Cortes, si bien recibía las órdenes del Presidente de las mismas, dependía del Inspector, así como el restante personal subalterno adscrito al edificio.

El talante liberal de Antonio Prat le debió valer el alejamiento de la Corte a raíz de la reacción absolutista que se produjo en aquellos mismos días, pues el 15 de septiembre de 1814 recibió una notificación en la que se le comunicaba el cese, *previniéndole que sin demora debe dejar esta Corte y dirigirse al Departamento de su destino*. Sin embargo, Antonio Prat, que había manifestado su decidida resolución de separarse de la carrera de Ingenieros de Marina, antes que volver al Departamento a que pertenecía [pues temía, con razón, represalias], para quedarse en clase de simple particular confiado como lo estaba, en que por la plaza de Académico de Mérito que era de la Real Academia de San Fernando, no le faltarían ocupaciones decentes y productivas donde ejercer su profesión. Sin embargo, algunos compañeros de la Junta del

Departamento de Marina de Cádiz mediaron para que solicitara del rey el traslado al Cuerpo de Ingenieros de Canales y Caminos, donde debía suponerse que serían apreciados sus conocimientos científicos. Así sucedió y en marzo de 1815 se le adjudicó la plaza de Comisario de Caminos y Canales, bajo la dirección de Agustín de Betancourt, después de dirigir un memorial al Duque de San Carlos, en el que se relata de modo escueto los servicios prestados por Prat durante veinticuatro años en el Real Cuerpo de Ingenieros de Marina, señalando la construcción de la población de San Carlos, la defensa de Cádiz e Isla de León bajo la invasión francesa, el acondicionamiento de los edificios para las Cortes, así como la dirección de otras muchas obras de carácter civil y público, añadiendo ser académico de honor y de mérito en Arquitectura por la mencionada Real Academia de Bellas Artes. En pocas palabras, Prat reunía los conocimientos del ingeniero, del arquitecto y de la milicia, todo lo cual le hacía idóneo para desempeñar aquel complicado empleo de Inspector del edificio de las Cortes.

#### ISIDRO VELÁZQUEZ Y EL COLEGIO DE DOÑA MARÍA DE ARACÓN

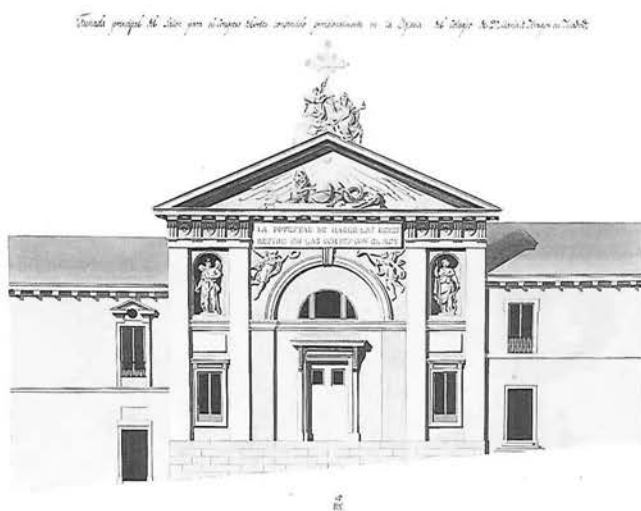
Al iniciarse el trienio constitucional y resucitar la idea de utilizar el convento o colegio de Doña María de Aragón, según se ha dicho, el arquitecto de Palacio, Isidro Velázquez, recibió el 3 de abril de 1820 el encargo de proceder a su adecuación para instalar allí las Cortes, cuya apertura estaba fijada para el día 9 de julio. Entre tanto, Prat, que se encontraba en Lorca, donde había dado muestras de patriótica y constitucional conducta, siendo el único militar de graduación que se sumó públicamente con peligro de su vida al cambio constitucional, tal y como lo reconocía de modo agradecido el Ayuntamiento de Lorca, reclamó su anterior empleo de Inspector de la Casa de Cortes de acuerdo con el Real Decreto de 19 de marzo que reponía en sus destinos a los desposeídos en 1814 por su adhesión al sistema constitucional. El 24 de junio nuestro buen Prat recibiría con júbilo la siguiente comunicación, firmada por don Agustín Argüelles: *El Rey se ha servido restablecer a Dn. Antonio Prat en el empleo de Inspector arquitecto del edificio de las Cortes...*

Al punto regresó Prat a Madrid, donde se encontraría con las obras ya iniciadas por Isidro Velázquez que, con el presupuesto exiguo de seiscientos diecinueve mil quinientos tres reales, había dado sin embargo un bello y noble aspecto al interior del salón. Su proyecto, conservado en la Biblioteca Nacional de Madrid, es una de las obras más importantes de nuestro neoclasicismo que, con buen criterio, el profesor Fernando Chueca atribuyó certeramente a Isidro Velázquez<sup>15</sup>. En el orden arquitectónico lo más notable resultaban ser las series de elegantes columnas jónicas que articulaban el interior de salón, sobre las que corría el entablamento general por encima del que arrancaba una sencilla bóveda de yeso colgada de la armadura de la cubierta del edificio. Aquellas columnas jónicas enmarcaban el lugar del trono para el rey, custodiado por dos leones en bronce en la cabecera del salón-iglesia, donde antes estuvo el altar, así como las tribunas que en el eje transversal ocuparían la reina y las infantas, a derecha e izquierda, bajo las tribunas de los taquígrafos<sup>16</sup>. En cada uno de estos costados el arquitecto Isidro Velázquez colocó las tres filas de bancos para los diputados, que en la práctica serían cuatro, situando la *barra* sostenida por dos leones en el extremo contrario al trono. La mesa para el presidente y secretarios se encontraba cerca de las gradas del antiguo presbiterio, entre las dos bandas de bancos y más hacia el centro las dos tribu-

nas de los secretarios, que luego se acercarían a la mesa presidencial. Sobre las puertas de paso a la antigua sacristía, que ahora hacía las veces de pieza de *desahogo para los diputados*, se habilitaron dos tribunas para *los embajadores, ministros y cuerpo diplomático*. En la parte de los pies, la *tribuna del pueblo* formada por un anfiteatro de dos pisos.

La luz era escasa y entraba en el salón por medios puntos abiertos en los extremos de los dos ejes mayores. La sencillez de su arquitectura se adornó con dos relieves históricos, sobre las tribunas de embajadores, representando una vista del Paseo del Prado el Dos de Mayo y el Parque de Monteleón, así como con media docena de esculturas alegóricas colocadas en los intercolumnios. Junto a las cuatro virtudes cardinales, esto es, Prudencia, Justicia, Fortaleza y Templanza, aparecían la Soberanía y la Constitución, estas últimas flanqueando el trono. Por encima del dosel, que una pareja de Hermes sostenían guarneciendo el trono, había un tercer relieve con una alegoría sobre España y América. Los nombres de los héroes de la Independencia como Daoíz y Velarde, entre otros, tenían su merecido recuerdo en sendas lápidas colocadas a un lado y otro de la que hemos llamado entrada a la antigua sacristía.

Todos estos aspectos pueden apreciarse en la rica iconografía que se conserva de este venerable salón, desde el proyecto original, pasando por el elemental grabado tantas veces reproducido de la jura de la Constitución por parte de Fernando VII, el 9 de julio de 1820, hasta la pintura de López y Piquer que inmortalizó la coronación del poeta Quintana, en 1855. Todo ello viene a coincidir sustancialmente con el retrato que del salón hizo Benito Pérez Galdós en su *7 de julio*, tal y como el lo llegó a conocer en 1876, cuando ya funcionaba, sin embargo, como Senado: *"La iglesia-Congreso ofrecía entonces al espectador escasísimo valor artístico. Por algunas pinturas sagradas en el techo se reconocía el templo cristiano; por una estatua de la Libertad y una inscripción política se conocía la Asamblea popular. El presbiterio, sin altar, era presidencia; la sacristía, sin roperos, salón de conferencias; el coro, sin órganos, tribuna. Bastaba quitar y poner algunos objetos para hacer de la cátedra política lugar santo, o viceversa; y así,*



Fachada del Palacio de las Cortes, antiguo Convento de Doña María de Aragón, actual Senado, por Isidro Velázquez. Biblioteca Nacional, Madrid.



cuando los frailes echaban a los diputados, o los diputados a los frailes, no era preciso clavar muchos clavos.

El Senado actual puede dar idea completa del Congreso de entonces, si la imaginación suprime el decorado artístico y los graciosos remiendos de oro y estuco que los arquitectos del Estado han puesto por todas partes. El presidente ocupaba el mismo sitio, y los diputados se sentaban, cual los modernos senadores, en dos filas, frente a frente, contemplándose unos a otros. Había en lo alto tribunas laterales tan oscuras, estrechas e incómodas como las de hoy, con ingreso por lóbregos pasillos, los cuales tenían tortuosa comunicación con una escalera que en

los tiempos frailesco servía para dar subida al campanario. Los espectadores, fuesen a la tribuna de orden o a la pública, tenían que ascender por inverosímiles antros oscuros y escurrirse luego por los corredores sin luz, hasta que la remota claridad de los medios puntos en que se abrían las tribunas y el rumor de la discusión, les anunciaban el término de su arriesgado viaje<sup>17</sup>.

En efecto, el actual salón del Senado permite reconocer en líneas generales la arquitectura del antiguo Congreso, si bien numerosas reformas llevadas a cabo a lo largo de los siglos XIX y XX, han alterado muchos de sus aspectos. Absolutamente perdida queda, en cambio, la imagen de la primitiva fachada que, con leves retoques clasicistas de Isidro Velázquez, aprovechaba el anterior frontis de la iglesia. Para esta ocasión el arquitecto Velázquez vistió la fachada de la antigua

iglesia con un leve apilastrado, entablamento dórico y frontón rematado por la siguiente alegoría: *Sobre el cúspide del frontispicio agrupando la gran Cruz que la sirve de remate está el genio de la Religión enseñando a ésta el libro de la Ley; y la figura de dicha señalando el Código al Pueblo*. En el tímpano del frontón un león vigila los dos mundos a la vez que un caimán representa el poder que España tiene en América. Dos famas en las enjutas del arco de entrada, recordando los arcos de triunfo romanos, como comenta Isidro Velázquez, dos esculturas en los nichos representando el Patriotismo y la Libertad, así como la gran inscripción que decía *La potestad de hacer las leyes reside en las Cortes con el Rey*, completaban esta emblemática fachada.

#### DIFICULTADES TÉCNICAS

No obstante, y reconociendo la autoría absoluta de Isidro Velázquez sobre el acondicionamiento de la iglesia del Colegio de Doña María de Aragón, consta también documentalmente que Prat se incorporó de inmediato a la obra del salón de sesiones, como le correspondía<sup>18</sup>. Prat habría querido hacer el proyecto y en tal sentido reclamó *la reposición de su destino antes de que se diese principio a las obras, pero no lo pudo conseguir hasta que se concluyeron*, por lo que siempre fue muy crítico con lo ejecutado por Isidro Velázquez, censurando el elevado coste de las obras, la distribución del edificio, en cuanto a oficinas, despachos, etcétera, así como *las variaciones que se hicieron en el salón las cuales son contrarias a la acústica*<sup>19</sup>. Así, al poco tiempo de iniciarse las sesiones, ante la dificultad que existía para oír en distintos puntos del salón las intervenciones que tenían lugar desde las tribunas, Antonio Prat, junto con los arquitectos Antonio López Aguado y Juan Antonio Cuervo, propusieron a la Diputación Permanente de las Cortes añadir *en cada tribuna un tornavoz capaz de reflejar el sonido de la manera más conveniente*. Habiendo estudiado esta propuesta y sus características, la Diputación Permanente se dirigió a Prat comunicándole que *como quiera que dichas tribunas, además del uso continuo que de ellas hacen los señores secretarios, deben considerarse como el último recurso de todos los Diputados que tienen un órgano débil; quiere la Diputación Permanente que aquéllas reúnan en*



Estuche de la Constitución de 1812, en bronce labrado con relieve de Fernando VII jurando la Constitución en la tapa y efigie del mismo en el reverso. 1820. A.C.D.

su situación, figura y construcción, cuanto pueda contribuir a aumentar la intensidad del sonido; a cuyo fin se ha conformado con lo propuesto por dichos dos señores asociados [los diputados Vargas y Subercase] de que el tornavoz sea una porción de paraboloides de revolución, cuyo parámetro tenga de 9 a 10 pies, el eje horizontal y colocado a la altura del orador, y la superficie interior perfectamente lisa y bruñida. El encargo hecho en diciembre de 1820 estaba resuelto satisfactoriamente en febrero del siguiente año, por lo que la Diputación le dio las gracias a Prat, dado *el celo y esmero con que ha desempeñado esta obra*.

Al poco tiempo de iniciarse este período legislativo, la actividad y necesidades de las Cortes aconsejaron igualmente hacerse con todo el antiguo convento y sus accesorias, desalojándolas de sus anteriores usos, pues había allí desde una fábrica de municiones, perteneciente a Juan Bedat, hasta dos cuartos interiores del mismo edificio, las cuales están ocupadas por varias máquinas y aparatos de Física y Química que fueron del Sr. Infante D. Antonio. Toda esta operación así como las primeras obras, entre ellas la reedificación del frente interior del patio, en agosto de 1821, estuvo también a cargo de Antonio Prat. La actividad de Prat se multiplicó en este tiempo, pues debía de vigilar la seguridad del edificio en un tiempo de por sí inseguro, y a tal fin cegó la antigua comunicación subterránea del edificio con el Palacio Real. Por otra parte debía garantizar que cada cual ocupara el lugar que le correspondía según los actos, tal y como se le comunicó el 29 de junio de 1821 por la secretaría de las Cortes, para que tomase las medidas necesarias de modo que *en la tribuna de la derecha del Trono no se coloquen el día de mañana sino los Embajadores y Ministros de las Potencias extranjeras; en la de la izquierda los Generales, Grandes de España y Jefe político; y en la que está también a la izquierda en el centro del Salón, los individuos del Consejo de Estado y los del Supremo Tribunal de Justicia; cuidando así mismo de que al Salón no entren sino los Señores Diputados de las actuales Cortes, y los que hayan sido de las anteriores pasadas, siempre que vengan de ceremonia*. Datos todos ellos que permiten conocer mejor el uso de cada uno de los lugares del Congreso, en su particular historia arquitectónico-institucional.

Los últimos datos que conocemos de Antonio Prat se refieren a 1822, cuando habiendo alcanzado ya el grado de coronel y siendo Caballero de la Real y militar Orden de San Hermenegildo, recibió el encargo de hacer las lápidas *de los caudillos de las Comunidades de Castilla y de los patriotas aragoneses*, de acuerdo con el Decreto de las Cortes de 22 de abril de aquel año que declaraba *beneméritos de la Patria en grado heroico a los tres caudillos de las Comunidades de Castilla Juan de Padilla, Juan Bravo y Francisco Maldonado... así como a los tres patriotas aragoneses Juan de Lanuza, Diego de Heredia y Juan de Luna*, unos y otros defensores de las libertades de Castilla y Aragón, respectivamente. Sus nombres figurarían a los lados del trono, compartiendo este lugar con los héroes modernos de la Independencia. El Trienio constitucional conoció su fin el 1 de octubre de 1823, volvieron los frailes al convento, como señalaba Fernández de los Ríos, y la figura de Prat desaparece sin dejar rastro alguno.

#### EL ESTAMENTO DE PROCURADORES

A raíz del Estatuto Real, promulgado el 10 de abril de 1834, el cuerpo legislativo de nuestro país conoció la formación de dos cámaras, alta y baja, conocidas respectivamente como Estamento de Próceres, el futuro Senado, y Estamento de Procuradores, esto es, el que sería luego Congreso de Diputados, articulando entre ambos las Cortes Generales. Este hecho duplicaba el problema señalado anteriormente sobre dónde convocar y reunir a una y otra cámara. Lo lógico hubiera sido volver al Colegio de Doña María de Aragón, pero pesaban sobre aquel edificio los recuerdos liberales del Trienio constitucional y esto, parece ser, que hizo que se desdénara en un primer momento, al menos para la apertura de las Cortes, el 24 de julio de 1834, que tuvo lugar en el Casón del antiguo conjunto palaciego del Buen Retiro. Aquí, en el gran salón cobijado por la bóveda pintada por Lucas Jordán, se celebraron las sesiones de las Cortes, disponiendo de unos escaños enfrentados y bajo la presidencia del trono real dentro de un bello ábside neoclásico, debido muy probablemente al arquitecto Francisco Javier de Mariátegui. A un lado

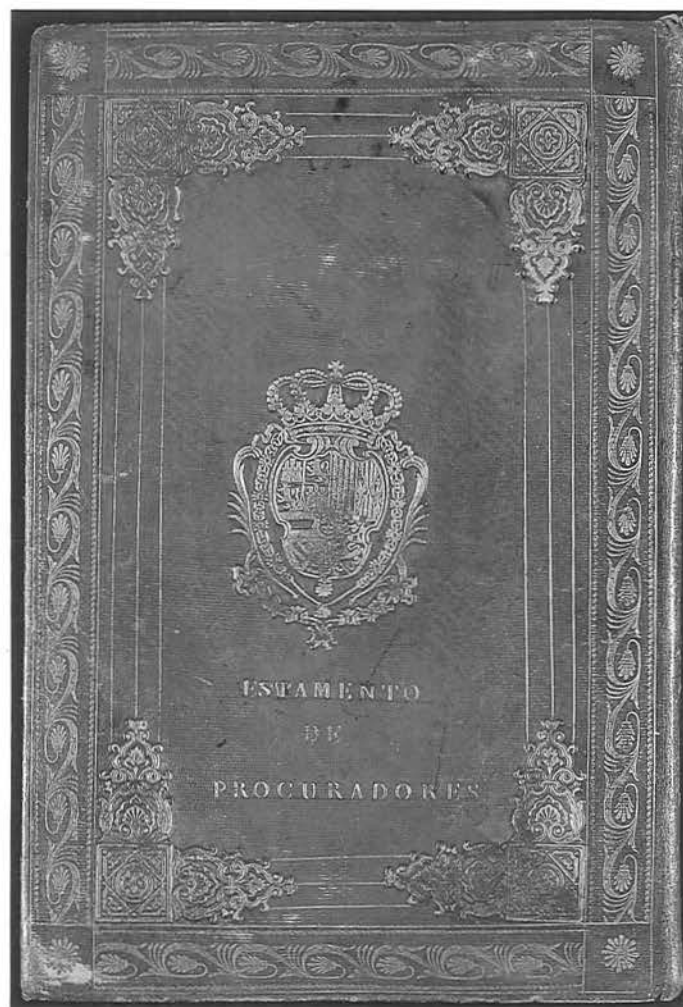
y otro del trono dos hornacinas cobijaron sendas esculturas alegóricas que, a mi juicio, debían ser las mismas Soberanía y Constitución que antaño estuvieron en el Colegio de Doña María de Aragón.

A los pocos días de promulgarse el Estatuto Real, se formó una Comisión para seleccionar los edificios que debían albergar a cada una de las dos Cámaras. A tal efecto, una Real Orden de 12 de mayo de 1834 nombraba una Comisión compuesta por el subdelegado de Fomento de la provincia de Madrid, duque de Gor, por el corregidor de Madrid, marqués de Falces, y por José Martínez de San Martín, capitán general de Castilla. Éstos, debidamente asesorados, fijaron para el Estamento de Próceres la ya probada iglesia-salón de doña María de Aragón, mientras que el de Procuradores iría a la carrera de San Jerónimo, para ocupar un antiguo convento, esta vez de Clérigos Menores del Espíritu Santo. Pero aquí suspendemos la particular historia del edificio que ocupó la Cámara Alta hasta nuestros días, bien estudiado por el profesor Fernando Chueca, centrándonos desde ahora solamente en el convento del Espíritu Santo, en el cual se iniciaron las obras de acondicionamiento entre los meses de julio y agosto de 1834.

Sin embargo, recordemos antes que este era un edificio importante en la carrera de San Jerónimo que, además había estado en obras recientemente, pues el arquitecto Manuel de la Peña y Padura había modernizado en 1816 la fachada de la iglesia, añadiéndole una portada de orden jónico entre las torres que, con sus chapiteles, recordaban su pertenencia a un momento anterior característicamente madrileño. A su vez, las fachadas de la carrera de San Jerónimo y de la calle del Florín, así como la fachada trasera que daba a la calle del Sordo, hoy Zorrilla, necesitaron en 1826-1828 de reparos importantes, especialmente por la parte del refectorio, pues habiéndose alquilado una parte del edificio a la empresa de los teatros de esta Corte, para la colocación de los telones, bastidores y demás efectos, se habían hecho algunos derribos con daño para el convento, todo esto sin contar con el producido en la iglesia por el conocido incendio de 1823<sup>20</sup>.

## PÉREZ CUERVO Y LA IGLESIA DEL ESPÍRITU SANTO

La Comisión de Gobierno Interior del Estamento de Próceres nombró una *junta de autoridades encargada... de la dirección de las obras de los edificios de las Cortes*, y ésta, a su vez, encargó al arquitecto Tiburcio Pérez Cuervo, cuyo semblante llegó a inmortalizar Goya en un bello y desenfadado retrato conservado hoy en el Museo Metropolitano de Nueva York, que reconociera y propusiera las mejoras necesarias para utilizar la iglesia como salón de sesiones del Estamento de Procuradores, cuyas obras empezaron en el verano de 1834.



Evangelios para la jura del Estamento de Procuradores. 1829. A.C.D.



El informe hecho por el arquitecto en agosto de aquel año es del mayor interés por las noticias recogidas. En primer lugar cabe señalar que la iglesia del Espíritu Santo debió de quedar muy maltrecha con el incendio, especialmente su fachada a la carrera de San Jerónimo, donde se derribaron sus dos altísimas torres y los primeros tramos de los pies de la nave de la iglesia. En su lugar surgió una cívica arquitectura porticada de orden dórico neogriego, con románticas licencias compositivas que alcanzan su máxima expresión en una suerte de arco de triunfo que, descentrado respecto del eje de la iglesia, hacía las veces de entrada monumental, cuya escalinata de acceso ya vigilaban dos leones sobre pedestales. La nueva y modesta fachada, cuyo aspecto conocemos por grabados de época, no podía ocultar, sin embargo, el ingrato volumen emergente de la iglesia mutilada que, además, dejaba ver ahora el ochavo del tambor y remate de la cúpula.

Esta primera actuación, que incluía también el desmonte de claustro ruinoso del llamado segundo patio, supuso un gasto de poco más de dos millones de reales, sobre los que Tiburcio Pérez solicitó casi seiscientos mil más para *desmontar la cúpula que no sólo abruma el edificio, sino que ofende la vista por su irregularidad y disonancia con la fachada nuevamente dada al edificio; quitado este peso podrán rozarse las pilastras que la sostienen y dará una forma más regular al interior del salón, más agradable y con mejor proporción para percibir la voz de los oradores. A este mismo propósito concurriría el acortar la tribuna pública, dispuesta en el día de tal modo que hace extraviar los sonidos sin que los que están sentados después de la cuarta fila apenas pueden oír. Así mismo parece necesario demoler el ángulo del edificio que da a la calle del Florín para que guarde euritmia con la parte que linda con la casa del duque de Híjar*<sup>21</sup>.

Todo este maquillaje de la vieja iglesia, al que se incorporaron esculturas y jarrones en yeso labrados por José Panuchi, del que luego se hablará, estuvo sujeto a constantes informes sobre su estado emitidos por eminentes arquitectos como Andrés Coello, Justo Ibaseta<sup>22</sup>, Patricio Velasco<sup>23</sup>, Custodio Moreno<sup>24</sup> y Juan Miguel de Inclán Valdés<sup>25</sup>, este último director de los estudios de arquitectura en la



Conjunto de la Iglesia y Convento del Espíritu Santo, en la Carrera de San Jerónimo, futura sede del Estamento de Procuradores, antes de 1834.

Academia de Bellas Artes. Sin embargo, no cabía ocultar por más tiempo los problemas reales del edificio como eran la situación de sus cimientos y la anarquía de las aguas subterráneas, pozos, etcétera, de tal modo que el antiguo convento no sólo resultaba insalubre sino que algunas de sus partes amenazaban ruina<sup>26</sup>. Dicha situación había forzado a realizar una interminable serie de reparos y gastos hasta que, en 1841, se comprobó la imposibilidad de seguir ocupando la vieja iglesia del Espíritu Santo, por lo que los procuradores hubieron de preparar un nuevo traslado. A estos efectos las actas del Congreso, las correspondientes a las sesiones secretas del día 5 de junio de 1841, sesiones de apenas una hora de duración, reflejan una inquietud creciente por la seguridad del edificio, hasta el punto que el diputado Faustino Rodríguez manifestó lo siguiente, en aquella ocasión: *La torre de la catedral de Valladolid se hundió el 31 de mayo a las 5 de la tarde, no obstante decir el arquitecto que duraría en pie más tiempo que él. Los arquitectos que han reconocido este salón dicen que está ruinoso, pero que le aseguran por tres años: a mí ni a nadie debe satisfacer esta seguridad...* Por ello pedía una solución urgente a la Comisión de Gobierno Interior, la cual se dirigió al Gobierno de la nación pidiendo la oportuna habilitación de un edificio con la seguridad y el decoro que exigía la

representación nacional para la celebración de las sesiones. El ministro de Gobernación contestó rápidamente, el 8 de junio de 1841, proponiendo *la traslación inmediata del Congreso al edificio del Teatro de Oriente* al tiempo que solicitaba la autorización de la Cámara para que permitiese al Gobierno *la construcción de un nuevo palacio en el solar del Espíritu Santo*. El Congreso contestó afirmativamente a ambas cuestiones si bien ponía énfasis en la necesidad de que el arquitecto que se encargara del nuevo edificio procediese de común acuerdo con la Comisión de Gobierno Interior *para que el todo de la obra corresponda perfectamente a su objeto*. Salustiano

Olózaga preguntó entonces si este asunto podría tratarse en público o seguía siendo secreto, acordándose que fuera secreto<sup>27</sup>.

Después del cruce de una serie de comunicaciones entre el Gobierno, el Senado y el Congreso, en enero de 1842 se llegó a formar una Comisión, compuesta por cinco diputados y otros cinco senadores, a fin de redactar un *proyecto de ley relativo a la construcción de un palacio para el Congreso*, sobre el que estuvieran de acuerdo los dos *cuerpos colegisladores*. Así, el 29 de enero de 1842, esta Comisión compuesta



Iglesia del Espíritu Santo, convertida en Estamento de Procuradores.  
Fachada realizada por el arquitecto Tiburcio Pérez Cuervo. 1834.

por los senadores Andrés Martínez Orinaga, Joaquín María de Ferrer, Eugenio Ladrón de Guevara, José María Olañeta, y los diputados Juan Álvarez Mendizábal, conde de las Navas, Julián Zaldívar, Fermín Caballero y Joaquín Romero Domingo, fijaron el breve texto de los dos únicos artículos de este proyecto de ley: *Artículo 1º: Se construirá un Palacio de nueva planta para el Congreso de los Diputados en el local del edificio ruinoso del Espíritu Santo. Artículo 2º: Para efectuar esta obra se abre crédito al Gobierno de cuatro millones de reales que figurará en los presupuestos del año corriente*<sup>28</sup>.

Es decir, se mantenía el solar del convento del Espíritu Santo en la carrera de San Jerónimo y se arbitraba una cantidad para poner en marcha el complejo proceso del derribo de dicho convento y la construcción del nuevo edificio. Por otra parte, el hecho de derribar la iglesia del Espíritu Santo afectaba también a las Cortes, pues siendo menor la capacidad del salón del convento de Doña María de Aragón, las Cortes se venían reuniendo en el Espíritu Santo, ya que esta iglesia-salón contaba con doscientos treinta y nueve asientos, en total, mientras que el salón de próceres tan sólo tenía cabida para ciento cuarenta y cinco plazas. Con todo, y por mejor medir las estrecheces en que se movieron nuestras instituciones en estos años, recordaremos que el número total de diputados para las Cortes de 1836, por ejemplo, era de doscientos cincuenta y ocho, esto es doscientos cuarenta y uno por la Península y diecisiete por Ultramar, lo cual indica que ni siquiera el salón de procuradores cumplía aquel mínimo necesario al que beneficiaba el cálculo realista de las inasistencias.

## NARCISO PASCUAL Y COLOMER Y EL CONCURSO DEL PALACIO DEL CONGRESO

### LA IDEA DEL CONCURSO

Desde los primeros momentos en que se planteó la posibilidad de un nuevo edificio para el Congreso, el Gobierno se dirigió a la Academia de Bellas Artes para pedirle un *programa de licitación pública para el plan y presupuesto de la obra*, asunto que le requirió formalmente por Real Orden de

28 de noviembre de 1841. En ella se le pedía que la propia Academia convocara el concurso dando a conocer las bases del mismo y así, el 16 de junio de 1842, se hacía público el programa que los concursantes debían desarrollar en sus proyectos. En el preámbulo del programa se indica que el solar sobre el que se levantaría el nuevo edificio sería, por acuerdo de las Cortes, el mismo que el del convento del Espíritu Santo, abriéndose este concurso público para estimular *el genio y laboriosidad de los arquitectos españoles* a fin de que pudiesen presentar el *pensamiento* de un Palacio del Congreso *digno de la representación nacional, si bien de sencillo y de severo carácter, cuyo coste sea compatible con las públicas necesidades*. Las medidas del solar, cuya forma y superficie aún

## MEMORIA

HISTÓRICO-DESCRIPTIVA

DEL NUEVO PALACIO DEL CONGRESO

DE

## LOS DIPUTADOS

PRELIMINAR

POR LA COMISION DE GOBIERNO INTERIOR DEL MISMO.



MADRID.

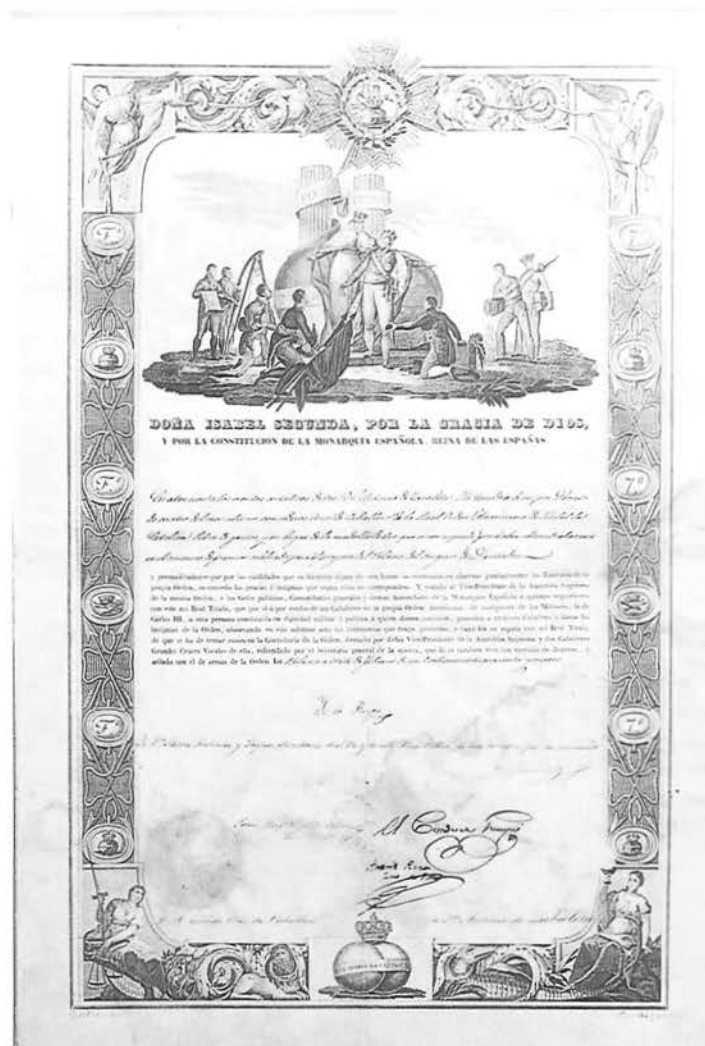
POR AGUADO, IMPRESOR DE CAMARA DE S. M. Y DE SU REAL CASA.  
1856.

Portada de la *Memoria histórico-descriptiva del nuevo Palacio del Congreso de los Diputados*, publicada por la Comisión de Gobierno Interior del mismo. Madrid, Aguado, 1856.



tardaría mucho tiempo en resolverse tanto por lo que afectaba a los particulares colindantes como al impacto urbano en las calles y plazas inmediatas, se fijaron en ciento noventa y seis pies para la fachada principal, doscientos veintiséis pies para las dos fachadas laterales, y sesenta y nueve pies para cada una de las tres líneas iguales que formarían el testero del edificio.

La distribución interior del Congreso debería contar con un salón de sesiones o principal, capaz para doscientos cuarenta y dos diputados y ciento cuarenta y seis senadores,



Diploma del arquitecto Antonio Zabaleta, segundo premio del concurso para la construcción del Palacio del Congreso de los Diputados.

contemplando la incorporación de tribunas o zonas reservadas para el público, cuerpo diplomático, senadores, altos funcionarios e invitados. Asimismo se precisaba la necesidad de otras dependencias accesorias como secretaría, archivo, biblioteca, portería mayor, salones de descanso y de conferencias, despachos para el presidente y secretarios, así como salas de recibo y de audiencia. A su vez cada una de las siete secciones en que se dividía el Congreso necesitaba sus propias salas, al igual que las distintas comisiones y los servicios de la redacción del Diario de Cortes y extracto de sesiones, taquigrafía y enfermería provisional. Finalmente, las viviendas de los dependientes del Congreso se ubicarían en las zonas más alejadas de los principales ámbitos señalados.

Tales fueron, en resumen, los aspectos fundamentales del concurso cuyo plazo de presentación finalizaba el 31 de agosto de 1842, es decir, dos meses y medio después de su convocatoria, fijando una primera medalla y consideración de primer premio de primera clase en concurso general, con una dotación de ocho mil reales para el ganador, y un accésit de seis mil reales para el segundo premio. Los doce proyectos presentados fueron expuestos en una de las salas de la Real Academia de Bellas Artes, tras el fallo del concurso que tuvo lugar en noviembre del mismo año 1842, resultando ganador el que llevaba la letra E del que era su autor Narciso Pascual y Colomer, quien lo presentó bajo el lema *Nihil est ex omnibus rebus humanis praeclarius aut praestantius quam de Republica bene meriri*.

El accésit se otorgó al proyecto con la letra F, que pertenecía a José María Guallart y Sánchez, no obstante, la Academia recomendaba un tercero marcado con la letra C, que correspondía a Antonio Zabaleta<sup>29</sup>, un arquitecto de la generación de Pascual y Colomer, que también recibiría un premio y el consiguiente diploma que hemos llegado a ver en el interior de un establecimiento madrileño de la calle Felipe IV. De este modo los dos únicos premios considerados en las bases del concurso se convirtieron en tres si bien es cierto que los tres tardarían mucho tiempo en percibir los *premios pecuniarios*, como se dice en una reclamación que los arquitectos hicieron en agosto de 1844 al Ministerio de

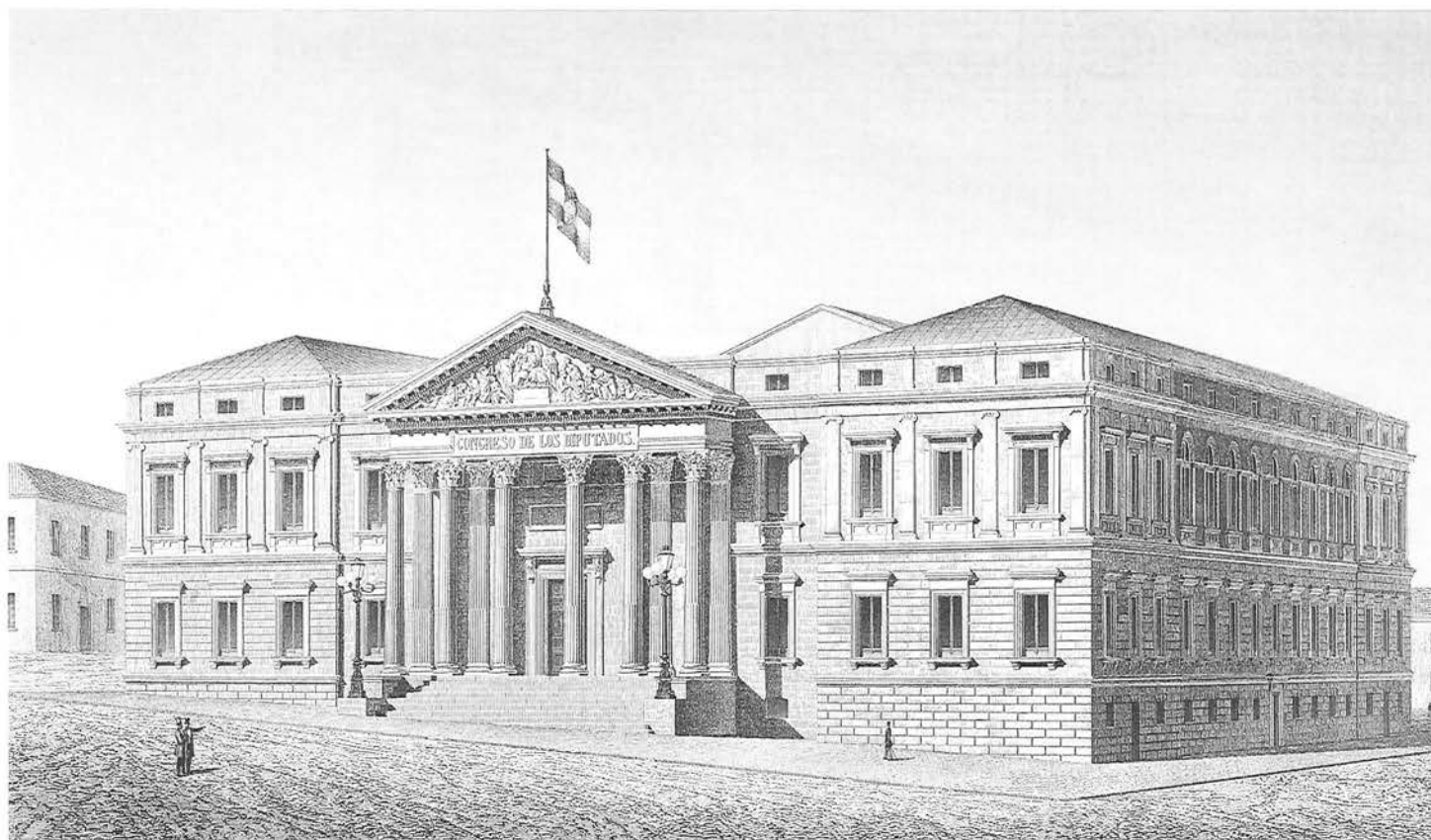
Gobernación, pidiendo que con cargo a los fondos de las obras del Congreso se les abonasen aquéllos, consultada la Comisión de Obras respondió que no había problemas para pagar los veinte mil reales que importaban los premios, de los cuales ocho mil correspondían a Pascual y Colomer, y los doce mil restantes, en partes iguales, a José María Guallart y Antonio Zabaleta<sup>30</sup>.

Nada se sabe de los demás participantes, pero la Real Academia de San Carlos de Valencia conserva unos *Planos geométricos del proyecto de un palacio para el Congreso de los Señores Diputados*, firmados en 1842 por el arquitecto Manuel María Azofra y Sáenz de Tejada, que tengo la seguridad de que formaron parte de uno de los proyectos presentados al concurso del Congreso. Tiene, además, el interés añadido de darnos la forma inicial del solar -luego alterado- cuyo perímetro respon-

día a un polígono de seis lados, así como una alternativa a la distribución final de Colomer, con una espectacular rotonda como salón de sesiones que recuerda el Panteón de Roma, al tiempo que evoca modelos franceses. No dejan de ser curiosas algunas coincidencias en el modo de resolverse la fachada principal en el proyecto de Manuel María Azofra y en el de Colomer<sup>31</sup>

### EL PRIMER PROYECTO DE NARCISO PASCUAL Y COLOMER

Desdichadamente, como luego se dirá, no se han conservado estos proyectos, ni siquiera el que sirvió como definitivo para el edificio actual. Sin embargo, una interesante memoria facultativa redactada por Pascual y Colomer sobre su propuesta, remitida a la Comisión de Gobierno Interior del Congreso, el 16 de noviembre de 1842, para que hiciese las



Fachada principal del Congreso.  
*Memoria histórico-descriptiva del nuevo Palacio del Congreso de los Diputados.*  
Madrid, Aguado, 1856.

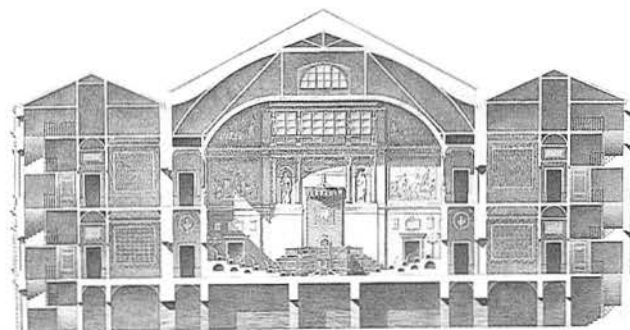
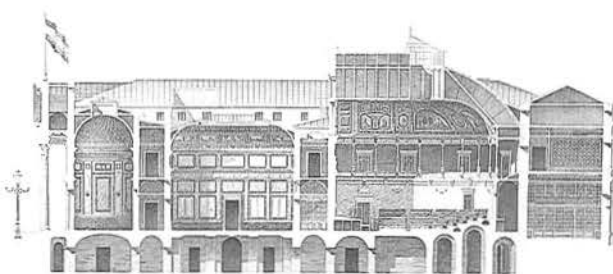
observaciones que estimara convenientes, nos permite visualizar mentalmente el carácter de la primera propuesta, distinta de lo que luego llegó a ser el edificio, tanto interior como exteriormente<sup>32</sup>. Asimismo, se perciben en estas líneas ciertas reservas del arquitecto sobre aspectos varios como lo exiguo del solar que, a nuestro juicio, viene a ser una suerte de pecado original que acompañará y limitará sin solución el alcance del Palacio del Congreso.

La Memoria en cuestión, con una estructura culta y académica como corresponde a este singular arquitecto del que luego se hablará, obedece al deseo de justificar artística y filosóficamente el proyecto con unas observaciones generales. Así, comienza recordando que *los heroicos hechos de los pueblos, la grandeza de los soberanos y de las naciones, han sido desde la más remota antigüedad, perpetuados en grandiosos y sólidos edificios*, desde Atenas y Palmira hasta Roma. En esta línea, ahora, al acordar las Cortes la construcción de un nuevo palacio para el Congreso de los Diputados debía de consignarse en él, *la época de su construcción para transmitirla en páginas de piedra, a la más remota posteridad*. Extraña, sin embargo, que para justificar el clasicismo de su arquitectura, Pascual y Colomer argumentara que *la arquitectura del renacimiento, que tanto ha embellecido a la Europa de los siglos XIII y XIV [sic] cultivada en Italia por los Bramante, Vignola, Palladio y Baltasar Peruzzi, y en España por Juan de Herrera y Juan de Toledo, esta es la seguida por el autor como más propia*

*de nuestro clima, nuestros materiales y nuestras costumbres. Arquitectura que podemos imitar sin incurrir en anacronismos que siempre repudiará la sana razón y que tiene modelos inimitables de belleza y perfección con que han conseguido un nombre duradero los arquitectos que la cultivaron.*

Pero no son ahora los aspectos estilísticos los que más preocupan a Colomer, pues la pequeña superficie del solar, la alineación de sus fachadas y el fuerte desnivel de catorce pies de su fachada principal, forzaban de modo extremo la distribución interior. Respecto al salón de sesiones es importante la declaración hecha al elegir un modelo probado en Francia, así como la honda preocupación por su visibilidad y acústica que resuelve utilizando los estudios de conocidos autores: *Los repetidos ejemplos de estos edificios que la moderna organización social de una parte de la Europa y la América ha hecho necesarios, y más particularmente las maduras conferencias y determinaciones de sabios distinguidos que precedieron a la última construcción de la Cámara de Diputados franceses, han decidido al autor a adoptar, como más conveniente, la forma semicircular para el gran salón de sesiones. La autoridad del parecer unánime de Prony, Convier, Tournon, Darcet, Gavart, Dulon, Gay Lusac, Dupin, Thenard y Laborde, parece es bastante garantía sobre este particular...*

Los asientos del salón de sesiones, dispuestos en anfiteatro, tenían capacidad para un total de trescientas noventa

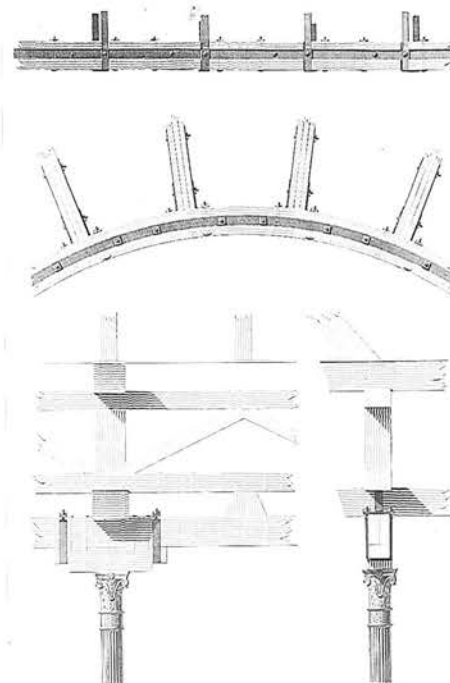
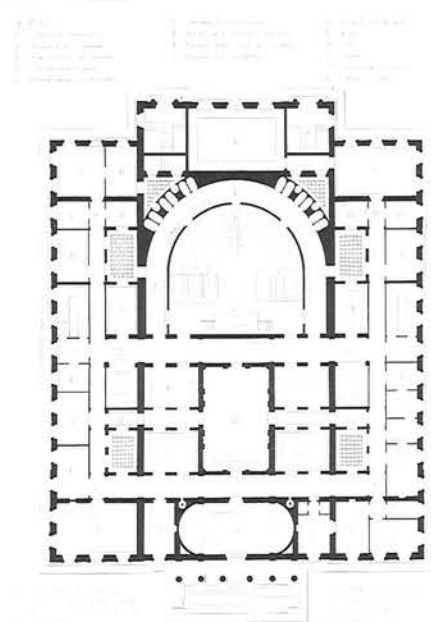


Secciones longitudinal y transversal del Palacio del Congreso.  
*Memoria histórico-descriptiva del nuevo Palacio del Congreso de los Diputados.*  
Madrid, Aguado, 1856.



y tres personas, entre diputados y senadores, lo cual exigía ocupar sólo con el salón una superficie importante del total disponible para todo el edificio. Sin embargo, esto se vería agravado con las modificaciones introducidas por la ley electoral de 1846, al aumentar hasta casi setecientos el número total de asistentes a las sesiones regias de las Cortes. Piense el lector el problema que ello planteaba al arquitecto, cuando las obras habían empezado ya tres años antes. Pero no fue esta la única modificación sobre el proyecto aprobado en su día, pues Colomer, de acuerdo con lo que había sido la costumbre española a la hora de organizar el interior del salón de sesiones, desde el que habilitó Antonio Prat en el teatro de la Isla de León, distribuyó el interior del edificio de modo

muy diferente al que hoy tiene. La justificación, interesantísima, de Colomer para vincular el salón con la fachada es la siguiente: *La puerta principal del Congreso está situada bajo el gran pórtico de la fachada que mira a la carrera de San Jerónimo, para dar entrada sólo al rey en las sesiones regias; por ella se pasa a un espacioso atrio o vestíbulo donde podrán aguardar los comisionados de la recepción y demás acompañamiento de honor que se acostumbra: cuyo vestíbulo da paso a la puerta de la barra, colocada según el ritual de nuestro Congreso, frente al trono y por consiguiente al testero del salón de sesiones. Esta circunstancia -añade Colomer- de que no puede prescindirse sin innovar antecedentes prescritos por la organización del Congreso, es la que ha obligado al autor a fijar de este modo la*

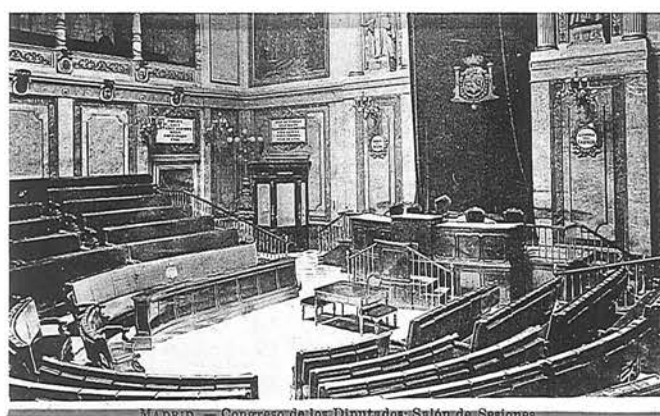
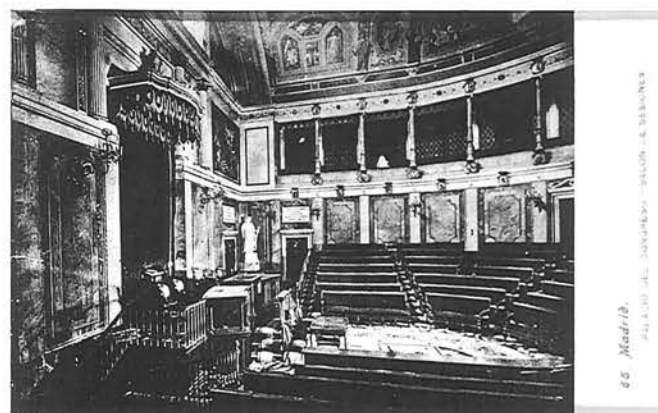


Planta baja del Palacio del Congreso y detalles constructivos de la cubierta del Salón de Sesiones.  
*Memoria histórico-descriptiva del nuevo Palacio del Congreso de los Diputados.*  
 Madrid, Aguado, 1856.

*entrada principal del salón; por cuya razón no puede tener la grandiosidad que aparece en el exterior. Pero está según exige la conveniencia y a ella deben sacrificarse muchas veces los preceptos de una teoría general, aunque esté fundada en los más razonados elementos.*

Es decir, Colomer había organizado aquel primer proyecto de acuerdo con la secuencia portada principal-vestíbulo-salón de sesiones, situando la sala de conferencias detrás del salón y no como hoy la vemos, entre el vestíbulo y el salón. A su vez, el arquitecto proyectó dos gabinetes de

lectura anejos a la sala de conferencias o conversaciones, distinguiendo así muy bien el espacio para la lectura en silencio y el de conversación: *Nadie puede enterarse con comodidad de lo que lee sin un silencio regular, y separado de conversaciones que llaman la atención y por consiguiente deben distraer.* Asimismo, inmediata a la sala de conferencias, Colomer incorporó una sala de audiencia para poder recibir los diputados. Si bien esta sala era nueva con respecto a la distribución del Congreso en el Teatro Real y en el convento del Espíritu Santo, *ha parecido necesaria para dar decoro a los SS. Diputados y al Congreso mismo: no hay nada más ridículo que*



Fachada principal del Palacio del Congreso de los Diputados, interiores del Salón de Sesiones y vista general de la Carrera de San Jerónimo, a principios del siglo XX. Congreso de los Diputados.

*el que se reciba en un pasillo o en una antesala oscura en presencia de los dependientes sin inspirar en los sitios que están a la vista del público todo el respeto que merecen las personas elegidas por los pueblos para legislar y fomentar la felicidad de su país.* Todas estas piezas en torno a la sala de conferencias estaban situadas detrás del salón de sesiones, si bien tras las observaciones hechas al proyecto de Colomer por la Comisión que se había nombrado para la inspección de las obras, presidida por Ignacio López Pinto, se distribuyeron de otro modo, así como las tribunas y otros detalles de relevante importancia.

Esta Comisión de Obras, reunida con la de Gobierno Interior del Congreso que entonces presidía Olózaga, en su sesión del 20 de diciembre de 1842, planteó entre otras las siguientes cuestiones en relación con el proyecto de Colomer: 1ª *¿Podrá innovarse la costumbre de colocar la barra frente a la Presidencia y suprimirse en tal caso la entrada que detrás de aquella se establece y se considera como la principal del salón?*; 2ª *¿Se considera absolutamente necesario que los coches de S.M. y familia real entren en el edificio los días que concurran a los actos solemnes que la ley prescribe?*; y 3ª *¿Qué personas deberán tener habitación en el nuevo edificio?*. Como puede verse siguen siendo cuestiones fundamentales que no se habían hecho explícitas en el programa del concurso y que obligaban a replantear buena parte del edificio con una nueva distribución. Aquella comisión mixta, tras discutir estos puntos, acordó que no habiendo nada en la Constitución ni en el reglamento interior del Congreso acerca de la barra, ésta podía eliminarse para dar una entrada más digna al rey en las sesiones regias, pudiéndose colocar circunstancialmente cerca de la presidencia, a uno de sus lados. Respecto a los carruajes reales, que complicaban mucho el interior del edificio del Congreso, disputándole superficie, se eliminó este patio arbitrando *un abrigo o techado de buen gusto sobre la escalinata del pórtico principal que ponga a cubierto la persona de S.M.*, como desde entonces se viene haciendo. Finalmente, respecto a las personas que pudieran tener vivienda en el edificio del Congreso, se acordó que la tuviera el presidente del Congreso en la planta alta, así como el oficial mayor de la secretaría, el archivero, el arquitecto, el conserje y porteros.

Considerándose procedente que también la tuvieran *otros empleados que se estimase conveniente destinar en lo sucesivo al servicio interior del Congreso*<sup>33</sup>. Es decir, el proyecto debía ser absolutamente modificado, pues era un todo con poco espacio en el que introducir este tipo de cambios afectaba a la globalidad del edificio. Con todo, aún hubo problemas con la vivienda del presidente del Congreso, pues al parecer se omitió en el proyecto definitivo, de tal modo que la Comisión de Gobierno Interior se dirigió al ministro de Gobernación, el 3 de marzo de 1846, que era a la sazón Javier de Istúriz, reconociendo que era competencia del Gobierno la ejecución de la ley que determinaba la construcción del Palacio del Congreso, pero que la Comisión de Gobierno Interior había acordado, en 1842, que el presidente de la Cámara Baja contara con una vivienda en el Palacio<sup>34</sup>.

#### EL PROYECTO DEFINITIVO

Estas y otras alteraciones sobre la primera idea del Palacio del Congreso, se plasmaron en el proyecto definitivo que sancionó la Real Orden de 22 de febrero de 1843. Su fachada principal a la carrera de San Jerónimo cuenta con un cuerpo central, ligeramente avanzado y realzado por la escalinata que flanquean dos leones, con una solución hexástila de bello orden corintio. Sobre su entablamento, un frontón con relieves alegóricos que luego se comentarán. A un lado y otro de esta entrada monumental reservada al rey o reina en aquel caso, aparecen dos cuerpos de fachada concebidos como un palacio del renacimiento italiano, con almohadillado y pilas-tras jónicas, que sin duda Colomer incorporó aquí recordando los palacios vistos por él en Roma. Las dos fachadas laterales se resuelven de un modo análogo, si bien la de la calle del Florín (hoy Fernanflor), por contar con una cota más baja que su homóloga en la nueva calle que entonces se abriría y que llamamos de Floridablanca, tiene un cuerpo basamental de la que carece esta última. Por Floridablanca entraban los diputados. Por la cuarta fachada, a la calle del Sordo, (hoy de Zorrilla), tenía su ingreso el público, comunicando sus dos portadas directamente con la tribuna pública del salón, a través de unas escaleras. Estos dos accesos están realizados por sendas parejas de columnas toscanas. Mientras



en la fachada principal toda la fábrica es de piedra, en el resto hacen su aparición cuidados paramentos de ladrillo combinados con la piedra, de muy bello efecto, pero que tampoco responden al pensamiento original, según se comentará más adelante.

La planta sótano contaba con depósitos de agua, pozos y enganches a la red de saneamiento, así como con un sofisticado sistema de *caloríferos* con tomas de aire que aseguraban el calor, a través de rejillas y bocas de calor a varios lugares del edificio y, muy especialmente, a los escaños de los diputados, montados escalonadamente sobre unas bóvedas anulares por las que circulaba el aire caliente, al modo de hipocausto romano. Otro sistema de chimeneas y conductos aseguraba la ventilación del gran salón en la época calurosa.

La planta baja o principal se distribuía con un ejemplar orden simétrico en torno al eje mayor, pudiéndose tomar la organización jerárquica de sus espacios como modélicamente académica al tiempo que funcional. Ya se dijo que tras el pórtico se abre un vestíbulo circoagonal, de la misma escala monumental que la columnata de la fachada, que iluminado cenitalmente era lugar de espera de las comisiones nombradas por el Senado y el Congreso para recibir a Su Majestad que entraba por la que podemos llamar puerta principal del Congreso, la cual permanece cerrada fuera de esta excepcional ocasión.

Siguiendo el eje mayor del Congreso, nos adentramos en el salón de conferencias, un espacio rectangular bellamente decorado al modo renacentista y que cuenta a un lado y otro con dos gabinetes de lectura, una sala de refresco y un gabinete de escritorio, formando las cinco piezas un bloque compacto y aislado por galerías y corredores que se iluminan desde lo alto, con luz natural. El eje principal nos lleva al salón de sesiones, de planta semicircular, con los asientos dispuestos en anfiteatro, mientras que en el lado plano del hemicíclo se coloca la tribuna de la presidencia, a cuyos lados quedan los accesos al salón. Esta formidable sala se ilumina igualmente desde lo alto, por un gran tragaluz que convive con la bóveda pintada por Carlos Luis de Ribera, la cual está



Narciso Pascual y Colomer, arquitecto del Palacio del Congreso de los Diputados y Director de la Escuela de Arquitectura de Madrid. B.N.

sostenida por una interesante armadura de madera y elementos de hierro debida igualmente a nuestro arquitecto.

Unos largos pasillos dejan a un lado y otro de su recorrido las distintas dependencias, de las que destacamos por su interés aquellas que sus luces se abren a la fachada principal como la zona ocupada por el presidente que, finalmente, no llegaría a tener vivienda en el interior del Congreso, sino sólo aquellas piezas como sala de recibir, despacho y secretaría. Al otro lado del vestíbulo principal, haciendo "pendant" con la zona presidencial, se halla la pieza que fue despacho para el consejo de ministros, así como la sala de recibo de los diputados. A la fachada de la nueva calle de

Floridablanca abrían sus huecos una serie de pequeñas piezas, iluminadas con una o dos ventanas, destinadas a la Comisión de Actas, Comisión de Presupuestos, Comisión de Cuentas, Comisión de corrección de estilo y redacción del Diario de Sesiones. A la antigua calle del Sordo, además de las entradas para el público y las escaleras que les permitía acceder a las tribunas, se encontraba el archivo, ocupado hoy por la biblioteca. Por último, a la calle del Florín, daban una segunda sala dedicada también a archivo, los despachos del archivero, escribientes y secretarios del Congreso, este último, tocando ya con la secretaría de presidencia. A todo ello hay que sumar la caja del Congreso, cuatro pequeños patios con

fuentes de las que queda todavía algún interesante testimonio, cuatro escaleras, así como los vestíbulos y porterías correspondientes a las puertas de entrada laterales.

La planta noble o principal coincide con la planta baja del edificio, de tal forma que el piso primero, el que exteriormente se subraya con un apilastrado jónico, es una planta secundaria en todos los órdenes, pues resulta incompleta y se ciñe al desarrollo perimetral de parte de sus fachadas, pues la altura única que tiene el vestíbulo principal, la sala de conferencias y el salón de sesiones hacen de este nivel una espacio casi residual. Allí se instalaron las salas de las siete secciones del Congreso y otras para uso de la presidencia, además de las correspondientes porterías y accesos a las tribunas pública y reservadas. Finalmente, el cuerpo ático que afecta a las cuatro fachadas albergó las viviendas de los dependientes del Congreso encargados *de su custodia, limpieza y conservación*, pero sin que se realizaran aquellas que inicialmente se pensaron para el presidente, arquitecto, etc. Así mismo, por esta planta se accede al gran lucernario del salón de sesiones, al tiempo que permitía atender el mantenimiento y la iluminación artificial del mismo.

#### EL ARQUITECTO NARCISO PASCUAL Y COLOMER

Se ha mencionado el nombre de este arquitecto, ganador del concurso y autor del proyecto del Congreso, pero no hemos dicho nada de él que, por otra parte, fue el arquitecto más notable de la España isabelina y al que he dedicado otros trabajos. La vinculación de Colomer con el Congreso no era nueva cuando ganó el concurso para el nuevo Palacio, sino que él jugaba con una cierta ventaja dado que ya era arquitecto del Congreso pues habiendo sido primer ayudante de Tiburcio Pérez Cuervo en la obra de la habilitación de la iglesia del Espíritu Santo, solicitó la plaza de arquitecto del Congreso en 1840. En su petición<sup>35</sup> decía tener exacto conocimiento de las necesidades, reparos y economía que el edificio exigía, ofreciéndose a desempeñar su cargo de modo gratuito para manifestar *su agradecimiento a un Gobierno que tanto le ha protegido*, con lo que éste se ahorra el tener que llamar prácticamente todos los años a un arquitecto para

*Como Señor.*

*Eligido el proyecto de Palacio del Congreso que tengo la honra de presentar a V.E. entre los doce presentados al concurso publicado de orden del Gobierno por la Academia de Nobles Artes de San Fernando, como merecedor del premio primero ofrecido en dicho programa, no quedaria aun satisfecho mi deseo de llenar en cuanto este de mi parte el delicado encargo de Arquitecto de V.E. sino presentase a su ilustración las razones artísticas y filosóficas que he tenido por guía en la formación y estudio del referido proyecto. En grande estima tengo la honrosa distinción que de mi corto trabajo ha hecho el respetable cuerpo Académico; pero si V.E. considerase mas que ninguno de sus necesidades, se diera aceptar también benignamente mi trabajo y hacer que con las correcciones que tenga a bien indicarme, consiga la posible perfección, habré satisfecho mi deseo de acertar en el servicio de V.E. y de acreditarlo que he puesto cuanto estaba de mi parte por merecer las bondades que hasta el presente me ha dispensado.*

*Madrid, 1.º de Noviembre de 1842.*

*Narciso Pascual y Colomer*

Informe facultativo sobre el proyecto del nuevo Palacio del Congreso de los Diputados. 16 de noviembre de 1842.  
Firmado por Narciso Pascual y Colomer. A.C.D.

reconocer y reparar el edificio. En efecto, Colomer acababa de regresar entonces de un largo viaje por Europa con una singular pensión del Estado, como recoge Ramón de la Sagra, el ponente de la Comisión de Gobierno Interior del Congreso que accedió a aquella petición, el 2 de junio de 1840: *Además me he instruido de la carrera del joven arquitecto que firma la solicitud, y tanto por sus conocimientos como por los deseos que le animan de distinguirse en aquella, para lo cual le ha protegido el Gobierno de S. M., creo que la Comisión puede concederle el título de arquitecto del Congreso.* El 22 de junio de 1840 recibía el nombramiento sin sueldo, si bien luego Colomer lo reclamaría en relación con el nuevo Palacio.

Debemos, no obstante, hacer aquí un inciso, pues en esta protección oficial se esconde no se qué secreto benefactor que le acompañó toda su vida. Hace años escribí que me resultaba un enigma la personalidad de Narciso Pascual y Colomer, pues, sin regatearle mérito alguno, el talento y honddura de su formación artística, su gran capacidad de trabajo, la escrupulosa dirección de sus obras, disfrutó, sin embargo, de un poderoso y anónimo apoyo que hasta la fecha no he podido descifrar. En efecto, su biografía es una serie ininterrumpida de éxitos profesionales que le acompañaron hasta su fallecimiento en 1870.

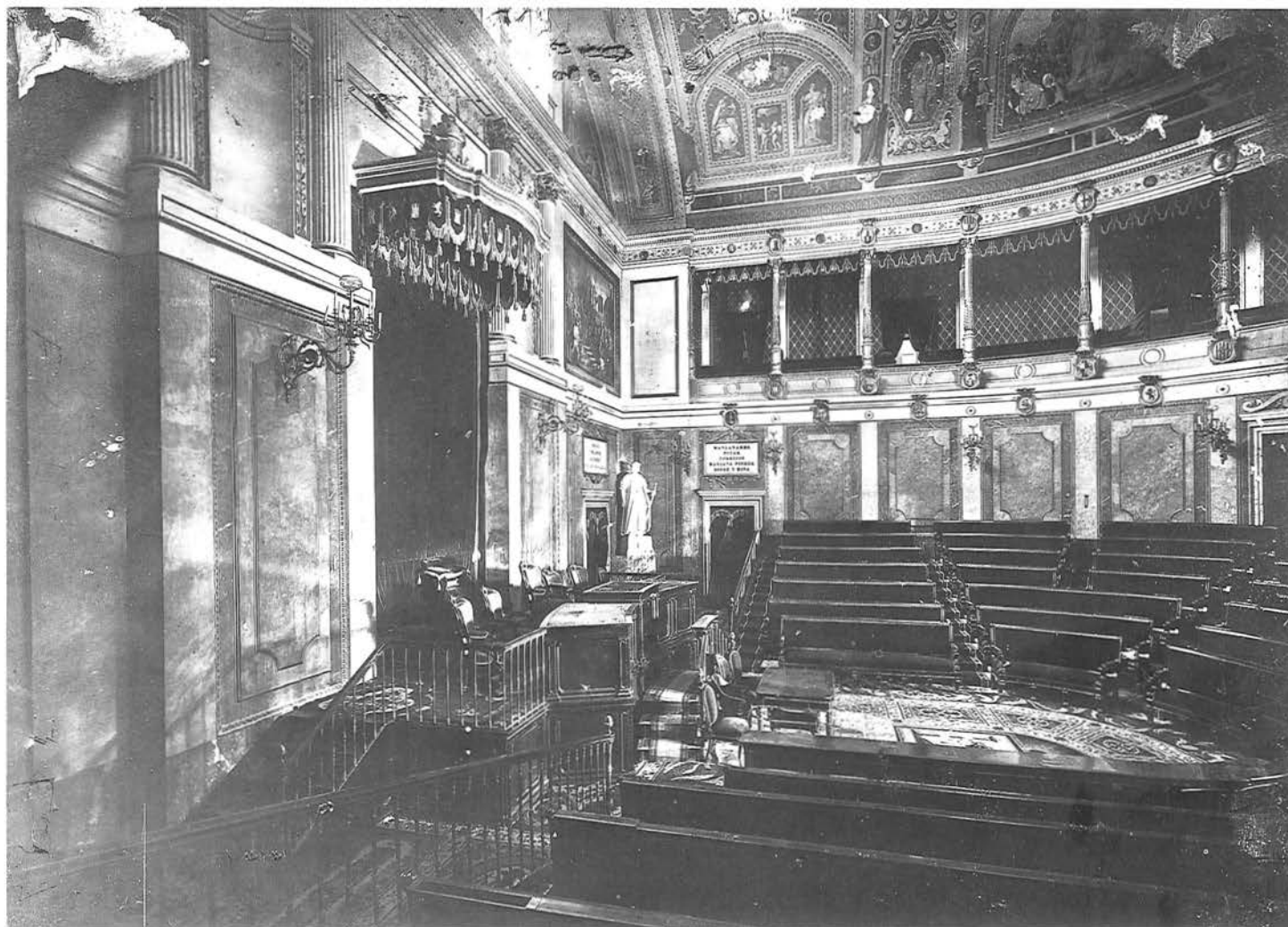
Pero veamos primero quién fue Colomer antes de 1842, año en que gana el concurso del Congreso.

Había nacido en el crítico año de 1808 y, desde niño, estuvo afectivamente ligado a la Academia de Bellas Artes, donde su padre era bibliotecario. Muy joven todavía acudió al estudio particular que el arquitecto Custodio Teodoro Moreno había abierto en 1824, donde preparó su ingreso para estudiar en la Academia de Bellas Artes. Aquí alcanzó, en 1831, un primer premio de segunda clase con su proyecto "Galería abierta y transitable para entrada principal al palacio de Buenavista", en el que se mostraba como un fiel discípulo de Juan de Villanueva, decantado por las enseñanzas de Custodio Moreno. Dos años más tarde conseguía el título de arquitecto (25 de agosto de 1833), tras haber presentado el proyecto de una "Puerta principal de registro y entrada a la

Corte" y otro sobre "Una magnífica casa de campo para el recreo de un soberano", ambos con su correspondiente informe facultativo. Se trataba de una arquitectura áulica muy en consonancia con el carácter de la enseñanza en la Academia, cuyas posibilidades reales de ejecución estaban en contradicción con los medios de aquella España de Fernando VII, cuya vida se extinguió el mismo año en que Colomer alcanzó su título profesional. No obstante, el bagaje que la Academia le proporcionó a nuestro arquitecto, la corrección del dibujo, el lenguaje de los órdenes clásicos y el tono entre regio y aristocrático aprendido en la arquitectura neoclásica, fue la clave para resolver con dignidad los edificios singulares a los que hubo de enfrentarse: Palacio Real, Congreso de los Diputados, Observatorio Astronómico, Universidad Central, palacios de Béjar, Riánsares, Salamanca, Vista Alegre y un largo etcétera.

Al poco tiempo de terminar la carrera obtuvo, en 1836, una pensión extraordinaria del Gobierno de cinco mil reales, para hacer un viaje a Francia e Inglaterra, con la obligación de hacer una detallada memoria a su regreso. No se trataba de una pensión ordinaria de la Academia, que además enviaba a sus pensionados a Roma, sino de una ayuda a todas luces especial por la cuantía, carácter y destino. Es aquí cuando, de regreso en 1840, sin ninguna experiencia profesional anterior, se le otorga aquel título de arquitecto del Congreso, llegando a hacer como tal, algunos croquis de la planta del solar en el que iría el nuevo Palacio. En 1842 recibe el primer premio del nuevo edificio para el Congreso y al año siguiente solicitó de la reina Isabel II el cargo de Arquitecto Mayor del Real Palacio, cuyo nombramiento recibió el 18 de enero de 1844<sup>36</sup>. Pero su carrera palatina no termina aquí sino que en los años siguientes y antes de finalizar la construcción del Congreso (1850), alcanzó, entre otros, los honores de Secretario de su Majestad, Gentilhombre de Cámara con ejercicio, y Comendador de la Real y distinguida Orden de Carlos III. En 1852 fue elegido director de la joven Escuela de Arquitectura de Madrid, donde explicaba "Teoría general de la Construcción", volviendo a serlo por segunda vez desde 1864 a 1868, el año de la caída de Isabel II, con cuyo reinado Colomer se identifica mental, profesional y





Aspecto del Salón de Sesiones anterior a las sucesivas reformas del siglo XX.

cronológicamente. Desde 1857 era académico de número de la Real de Bellas Artes de San Fernando, con lo que no parece exagerado presumir el que he llamado enigmático apoyo.

Si del terreno meramente honorífico pasamos al ámbito profesional diremos que a él se debe buena parte de la plaza de la Armería de Palacio; el desaparecido Teatro de Isabel II en el Palacio Real; la definitiva ordenación urbana de la plaza de Oriente, así como las fachadas antiguas que allí aún se conservan y los primitivos jardines, hoy desapare-

cidos; el magnífico palacio italianizante y neorrenacentista del marqués de Salamanca, en el paseo de Recoletos<sup>37</sup>; la remodelación del palacio de Vista Alegre, en Carabanchel; la restauración de San Jerónimo el Real de Madrid y del convento de la Encarnación, próximo a Palacio; la terminación de la Universidad Central, nuevos edificios en el conjunto del Observatorio Astronómico de Madrid, etcétera<sup>38</sup>.

La propia autoestima de Colomer y las reclamaciones sobre su reputación y honorarios ante la Comisión de Gobierno Interior del Congreso, ayuda a mejor entender la

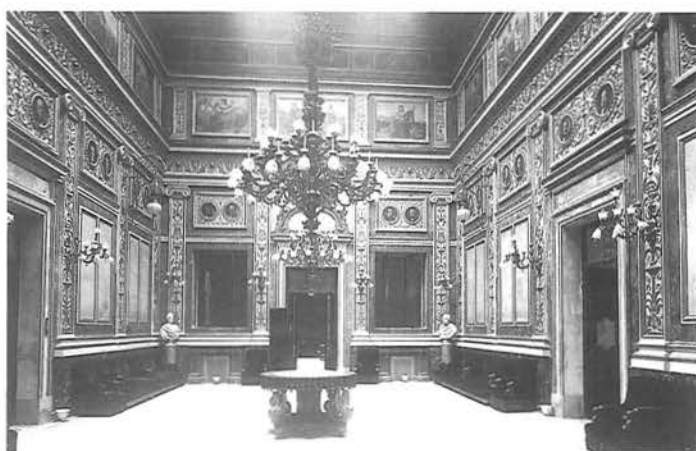
singularidad de este arquitecto que revela tanto una época como el carácter de una profesión. Sólo en relación con las obras del Congreso se pueden aportar algunos testimonios muy elocuentes, desde sus primeras relaciones con él hasta años después de finalizadas las obras. Así, por ejemplo, en junio de 1841, al año de haber obtenido el nombramiento de arquitecto del Congreso y con motivo del encargo a otro arquitecto del acondicionamiento del Teatro Real para salón de sesiones ante la inminente ruina de la iglesia-salón del Espíritu Santo, Colomer escribió de su puño y letra una enojada reclamación a la Comisión de Gobierno Interior del Congreso, en la que, entre otras cosas dice:

*Conozco que el Gobierno debía de hacer este encargo a quien mejor le pareciese y no es de extrañar tampoco que ignorase que el Congreso tenía un arquitecto encargado de atender a sus necesidades. Pero mi reputación, señores, mirada bajo todos conceptos, ha sufrido en este caso, pues no es fácil que el público sepa los motivos que han mediado en el negocio, y si que sólo juzgue por lo que a sus ojos se presenta: mi separación (así ha llegado con dolor a mis oídos) es motivada por los continuos hundimientos del edificio. Y un artista, señores, que depende del público y de que su reputación aumente cada día, para adquirir medios de subsistencia, para ganar un nombre que tanto nos lisongea, a todos en la sociedad y que es el que sostiene esa vida artística tan apetecida que buscamos con*

*incesantes fatigas y desvelos, se ve sin quererlo nadie, pospuesto y sufriendo lo amargo de un desaire público de ninguna manera merecido...*<sup>39</sup>

A los dos días, el 16 de junio de 1841, la citada Comisión de Gobierno Interior del Congreso le comunicaba que la habilitación del Teatro Real corría a cargo del Gobierno y que a él correspondía señalar el arquitecto, pero se encontraba *muy satisfecha de los buenos servicios que -Colomer- tiene prestados en el desempeño de sus deberes*, de tal manera que no sólo le reiteraba su condición de arquitecto del Congreso sino que le nombraba específicamente para que auxiliase a Agustín Ferriz Gamboa e Ignacio López Pinto en el traslado de los enseres a la nueva sede.

Años después de haber terminado las obras del nuevo edificio, Colomer se dirigió al presidente del Congreso, el 10 de diciembre de 1856, reclamando una indemnización por la tarea realizada en el nuevo Palacio del Congreso<sup>40</sup>, cargo que desempeñó gratuitamente, percibiendo tan sólo por la dirección de obra veinte mil reales anuales. Esta asignación, que al parecer era a cuenta de una cantidad a fijar, cesó por Real Orden en 1854, y la Comisión de Obras no pudo remunerarle definitivamente porque *se ignoraba entonces el tiempo que estas -las obras- durarían ni su mérito y circunstancias*.



Aspecto general y detalle de la decoración del Salón de Conferencias.